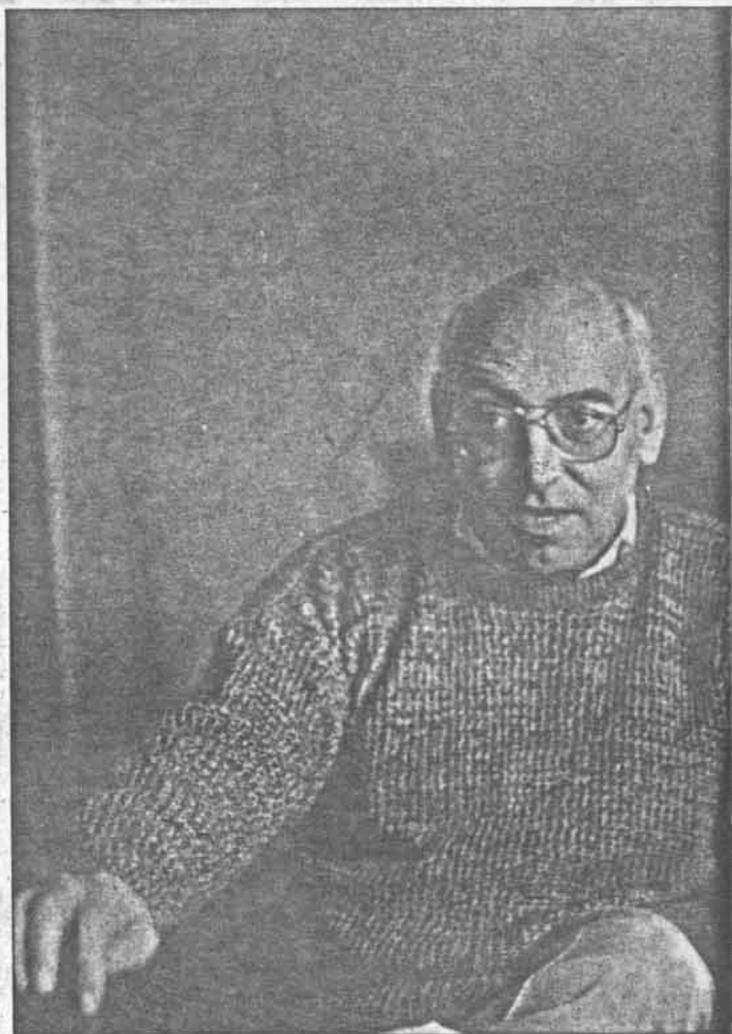


JUAN RADRIGAN, DRAMATURGO



Entrevista en un acto

por Ernesto Saul

Un cuarto de trabajo. Escritorio, sillas, una máquina de escribir. Sobre el escritorio una grabadora. Dos personas conversan. Se trata de una entrevista. Un periodista y un dramaturgo: Juan Radrigán, cincuenta años, obrero textil hasta septiembre de 1973, luego en las listas negras de las industrias por haber sido varias veces dirigente sindical. Quince obras de teatro y una en camino: *La piedra del escándalo*, por estrenar en junio próximo. En el texto se intercalan, entre paréntesis, citas de algunas de las obras de Radrigán. Al comenzar la entrevista el dramaturgo habla de sus personajes, de lo que es la marginalidad.

-A partir de septiembre de 1973 se crea un sector de marginalidad, o más bien de "marginados", término que me gusta más. El país quedó dividido entre uniformados y civiles; incluso ellos lo acentúan mucho: se dirigen a los civiles como los "invasivos". Entonces es un

país invadido; por lo tanto, los marginados tienen un doble peso encima: su propia herencia de pobreza que viene de mucho tiempo atrás y ahora la subyugación, definida por las armas. Entonces, eso los transforma en seres muy confusos, que no veían salida, con esta doble condena encima.

-Es gente que está en el límite de la supervivencia y que de ahí trata de construir algo...

-Porque estando en el límite se hace irremediable la opción: o te mueres o decides hacer algo, un cambio, luchar por eso. En mis obras se trata de gente que toma alguna opción por algo, aunque les cueste la vida. En *Hechos consumados*, por ejemplo, que es la obra más clara en eso; lo que no significa que todos nos debemos dejar matar.

CONTAMINACION

("Domitila: Pucha, lo que a mí me

gustaría tener es uno de esos refrigeradores que dicen en la tele que's el más premio y vendió en Europa". Cuestión de ubicación)

-Esa gente con la que tú trabajas, ¿está libre de la contaminación que viene, por ejemplo, a través de la televisión?

-No está libre para nada, pero supongo yo que tiene mayores armas de defensa; todavía hay una pristinidad, una cosa antigua en ellos que no está contaminada. Y por ahí veo yo una salvación haciendo crecer eso, tocándolo de alguna manera; que salga eso y tiene que despararramarse, son como semillas que tienen que brotar en muchas partes.

-La multiplicación de los televisores fue entonces una forma de romper esa pristinidad que tú ves en los marginados.

-Sí... ésa es una de las causas de esta amenaza siempre presente; pero la amenaza más real es la de los militares que

patrullan en la noche, es la gente que mira desde un auto sin patente. Esa es la amenaza real, que no se puede estar tranquilo; estamos muy vigilados. Entonces, construir allí es muy difícil, hay que comenzar a buscar dentro de uno cómo enfrentar esta cosa nueva.

("José: (escuchando) Son ellos (quedan escuchando; se siente lejano, el ruido de un helicóptero) Apague la luz, a veces tiran balas". Los borrachos de luna)

RETRATO HABLADO

-¿Para escribir tus obras tienes contacto directo con los marginados o lo haces desde afuera?

-No... no, absolutamente directo. Sucede que yo fui marginado como ellos; siempre trabajé en industrias, en fábricas, en estrecho contacto con ellos. Entonces los conozco muchísimo; de allí es que me parecía horrorosa la literatura social chilena porque presentaba a los pobres como borrachos, llorones y dignos de lástima; no tenían otra opción de ser que lo que eran. No hubo un intento de rescatar la dignidad humana en ellos.

("Moisés: Más allá de las etiquetas de sucios, falsos y viciosos que nos colgaban; más allá de aquello de borrachos, flojos, resentidos, la verdad es que en nuestra sangre no había nada que tuviera forma de rencor o venganza..." Pueblo del mal amor).

-¿A qué sector llega mejor tu teatro?

-Llega de distintas maneras. En el sector popular hay una identificación mayor a través del lenguaje, a través de la escenografía, deliberadamente simple, y de las historias que contamos. Ahora, al otro público le llega una especie de filosofía que hay dentro de las obras, que quizás el poblador no la capte.

-¿No hay en el público popular un rechazo por el uso de su propio lenguaje en la obra o la representación de su entorno cotidiano?

-No, para nada. Es el mayor acercamiento que tenemos con ellos. En relación a eso, yo he tratado de eliminar casi totalmente el garabato en las obras y poner el máximo de poesía en ellas. He trocado el garabato por la poesía que les llega muchísimo más. Esa es una forma de dignificarlos, elevando el nivel.

-¿No has pensado enfocar el revés de la trama: la forma en que se ha ejercido el poder para llegar a dominar al pueblo?

-Lo que pasa es que yo he escrito quince obras, pero no lo he dicho todo. A medida que he ido escribiendo he visto otros problemas, otras variantes. Siento que no he dicho ni la mitad...

-Por ejemplo, el poder y la vio-

lencia ejercidos por individuos de la misma clase, marginados.

-Precisamente, en Hechos consumados se trata de un enfrentamiento entre iguales. Pero ahí una de las causas a investigar es cómo éramos nosotros, también. Me preocupa mucho ver cómo éramos, porque los torturadores, la mayoría de ellos, eran hasta 1973 buenos vecinos, eran oficinistas algunos, eran trabajadores. Muchísimos de los delatores eran trabajadores. Entonces, cómo llegaron a eso, cómo estaban entre nosotros, que no somos ángeles tampoco, de ninguna manera. Pero eso viene de una herencia muy antigua de pobreza y privaciones que viene socavando un poco nuestra dignidad.

EL MIEDO

-Uno de los elementos que tú presentas en tus obras es el miedo. ¿Persiste aún el miedo en los sectores marginados o se ha superado?

-Aún persiste, aún es fuerte esta amenaza, porque posiblemente hayamos logrado desarrollar algunas medidas de defensa, pero todavía no son vastas y seguras. Cuando vienen a golpear tu puerta tú estás esperando y te puedes defender

allí con algunas cosas, pero no tenemos todavía cómo hacer que no vengan a golpear.

-¿Hay problemas de unidad al interior de los sectores marginados?

-Sí... el gobierno ha introducido la UDI, por ejemplo. Ahora hay algo tan ridículo como la UDI poblacional. Pero ellos no pueden constituir una cosa sólida, sino que más bien se les usa; no constituyen ningún avance del gobierno dentro de las poblaciones. Nadie podría creer realmente en ellos. No... en verdad pienso que no se han creado divisiones.

-En tus obras el poder no aparece directamente, sólo se alude a él; no tiene una presencia física. Eso significa que los personajes, los marginados, sufren sus consecuencias, pero no ahondan en su origen ni en sus causas.

-Si... creo que eso no está claro y una de las labores es irlo aclarando. El poder tendría que estar presente. A medida que avanzan las obras tendría que estarlo. Por eso yo digo que no se puede en una sola obra... que voy a llegar a decir cosas que van a ser barbaridades, que van a parecer demasiado brutales. Eso tiene que aparecer y va a aparecer con toda seguridad con el tiempo.

LOS DESCONOCIDOS

-¿Qué opinas de las generalizaciones: pueblo, masas, sectores oprimidos; no crees que habría que ir más a fondo en el análisis de esas expresiones globales?

-Habría que ser muchísimo más sutil y claro. Nosotros somos muy dados a ese tipo de generalizaciones. Para mí, el pueblo chileno es bastante racista, además de otras cosas que hay que asumir, y le encantan esas divisiones. Para mí está muy claro: somos muy dados a eso, a las divisiones, y eso nos ha trabado un poco; esa antigua costumbre de vivir divididos en sectores. Hasta dónde llega lo que llamamos pueblo nosotros; porque ahora con la dictadura la clase media ha desaparecido. Entonces el pueblo ha hecho un avance y seríamos pueblo y militares. Pero yo no sé si es tan así la cosa. La mayoría de los sociólogos se ha dedicado a ver cómo comen los chilenos, cómo aman y se visten, pero no cómo son torturados, cómo viven, cómo sufren...

("María: Es fácil hablar cuando las cosas no le pasan a uno. ¿Qué sabe de mí? ¿Qué mierda sabe de mí? Lo que le han contado; pero d'esto (se toca el pecho) ¿qué sabe d'esto?" Los borrachos de luna).

TELON ■



Juan Radrigán.